

DENYER, Nicholas: *Language, Thought and Falsehood in Ancient Greek Philosophy* (Issues in Ancient Philosophy), Londres: Routledge, 1991, 222 pp.

El libro de Nicholas Denyer comienza recordándonos algunas preguntas de la antigüedad que dejan de ser interesantes entre los filósofos modernos: ¿Cómo puede uno hacer afirmaciones falsas? ¿Cómo es posible hablar de lo que no existe? Para los modernos, por el contrario, el problema es entender cómo es posible hacer afirmaciones verdaderas.

Cuando uno lee los textos de los filósofos griegos teniendo en consideración las relaciones entre lenguaje, pensamiento y realidad, se tiene la sospecha de que ellos comparten un presupuesto que no ha llegado hasta nosotros, y sin el cual resulta difícil comprender la naturaleza de sus preguntas y el sentido de sus reflexiones. Hay pues, en la filosofía del lenguaje implícita en la antigüedad, un presupuesto ausente entre los filósofos modernos, presupuesto que Denyer va a intentar reconstruir y explicar.

Denyer, profesor de Filosofía y Cultura Clásica en la Universidad de Cambridge, se suma a aquellos que consideran que en la filosofía prearistotélica hay un presupuesto referencialista que permite la aparición de ciertos problemas ontológicos que, de otra manera, habrían tenido un rumbo diferente. Denyer intenta explorar esta hipótesis hermenéutica y mostrar, con el análisis de algunos textos platónicos, su factibilidad.

Pero tal vez sería interesante recordar la aparición de la hipótesis referencialista. Fue G.B. Kerferd en un artículo titulado "The presocratics and the meanings of words"¹ el primero en plantear de manera explícita esta tesis controversial aunque ciertamente interesante, que también se puede rastrear, aunque de manera imprecisa, hasta el artículo de Andreas Graeser, "On Language, Thought and Reality in Ancient Greek Philosophy"². La hipótesis afirma que es posible encontrar un presupuesto en torno al significado que atraviesa la filosofía griega originando diversos problemas y paradojas. El presupuesto es que los nombres refieren a los objetos y las proposiciones refieren a los hechos; el significado de un nombre o de una oración está dado por los objetos o los hechos a los cuales el nombre o la proposición refieren. Kerferd lo pone de esta manera:

"El punto de partida puede ser planteado simplemente. Para los jonios y para virtualmente todos aquellos que llegaron después de ellos, las palabras

¹ En: *Language and Reality in Greek Philosophy*, Atenas: Greek Philosophical Society, 1985.

² En: *Dialectica*, 31 (1977), pp. 359-388.

obtienen su significado de los objetos a los cuales supuestamente nombran. Es porque las palabras refieren a objetos que ellas poseen el significado que tienen. De aquí se sigue que hablar significativamente del mundo es nombrar sus constituyentes”³.

Esta tesis suscita, obviamente, un gran número de problemas hermenéuticos como, por ejemplo, si es legítimo adscribir a un filósofo del pasado una opinión implícita acerca de un problema que sólo aparece en la filosofía moderna, como es el problema del significado. Kerferd podría responder a esta posible objeción señalando que él no pretende decir que los griegos tuvieran una teoría del significado, lo que constituiría un obvio anacronismo. El quiere simplemente mostrar que ellos discutían algunos problemas filosóficos que se suscitaron porque presuponían lo que hoy nosotros llamaríamos, para nuestros intereses y curiosidades actuales, una teoría del significado.

La tesis de Kerferd se vería falsada si su aplicación oscurece los textos de los autores pertinentes, o si suscita más contradicciones y paradojas de las que puede disolver o si, finalmente, entra en confrontación con textos explícitos. De otro lado, su tesis se verá corroborada si ilumina y hace inteligibles textos que de otra manera serían incomprensibles, demasiado arbitrarios o simplemente absurdos, o si disuelve más paradojas y contradicciones de las que crea o si, finalmente, es confirmada por textos explícitos.

A esta tarea se dedica Denyer quien, en todo caso, no hace referencias explícitas a Kerferd ni pretende continuar su proyecto. En el libro que estamos reseñando examina cuidadosamente los diálogos *Eutidemo*, *República*, *Cratilo* y *Teeteto*, así como los textos y las doctrinas de algunos contemporáneos o cercanos a Platón: Parménides, Pródico, Antístenes el ateniense, Estilpón de Megara y Menedemo de Eretria. Denyer se dedica, con paciencia e ingenio, a reconstruir los problemas y presupuestos que habrían motivado algunas de las discusiones que aparecen en los diálogos platónicos mencionados. Asimismo, intenta iluminar, en virtud a presupuestos en torno al significado y la referencia, algunas extrañas afirmaciones de autores de la época, por ejemplo la tesis de Pródico, según la cual es imposible que dos interlocutores se contradigan, pues aquél que dice la verdad de algo describe al objeto, mientras que el que predica falsamente no lo describe en absoluto, es decir, no llega siquiera a tenerlo como objeto de discurso. Denyer termina el libro analizando las relaciones de designación entre nombres, verbos y oraciones en el *Sofista*, y añade un capítulo final sobre el problema de la negación en Aristóteles.

Aceptar la hipótesis referencialista implica enfrentarse a un grave problema: ¿Qué ocurre con aquellos nombres que carecen de referente como, por ejemplo, “sirena”, “vacío” o, más gravemente, “nada”? ¿Y qué ocurre con aquellas proposiciones que no refieren a ningún hecho, como cualquier proposición falsa, proposiciones acerca de objetos inexistentes o proposiciones

³ “The procratics and the meanings of words”, o.c., p. 16.

acerca del futuro? En efecto, era un problema griego el de cómo es posible el error y cómo es posible la predicación acerca del no-ser.

Si el significado de una oración está fijado por el hecho referido, y dado que sería absurdo admitir hechos negativos, las oraciones negativas serían asignificativas. Esa es precisamente la tesis sostenida por algunos filósofos antiguos como, por ejemplo, Menedemo de Eretria, quien afirma que toda oración negativa debe ser convertida en positiva para ser significativa. Algo semejante ocurre con las oraciones falsas pues, dado que ellas no nombran nada, debemos admitir que son asignificativas, con lo cual no es posible decir algo falso. Esto es lo que Eutidemo sostiene en el diálogo del mismo nombre (283e7 - 284c6). Aunque esta tesis atenta contra el sentido común, no deja de ser interesante que Platón considere el argumento importante y digno de ser registrado.

Por otra parte, para que un nombre sea significativo debe referir a algo. Una primera pregunta será entonces: ¿Qué ha de contar como un referente aceptable? Esto es, ¿qué es lo que contará como un adecuado objeto de discurso? ¿Entidades espacio-temporales (objetos sensibles)? ¿Representaciones mentales? ¿Conceptos públicos e intersubjetivos? Uno podría interpretar la doctrina platónica de las Ideas como una consecuencia de la necesidad de atribuir referentes reales a géneros de discurso significativos que no versan acerca de lo sensible y perecedero.

De ser la tesis de Kerferd correcta, podría explicarse de una manera nueva la afirmación parmenídea de la imposibilidad de hablar acerca del no-ser. Si la expresión “ser” refiere a la totalidad de lo existente, la expresión “no-ser” debe referir a la nada. Pero la nada no puede ser un referente, luego “no-ser” no es un nombre en absoluto y no hay nada significativo que se pueda decir acerca de la nada. Permanece, sin embargo, la paradoja no resuelta que atraviesa la filosofía occidental: la pretensión de hablar acerca de aquello de lo cual no es posible decir algo pues, en cierto sentido, se encuentra más allá del lenguaje y el significado. Esta pretensión va acompañada del intento por hablar acerca del no-ser como la única manera de decir algo acerca del ser.

Uno puede tener la impresión de que la interpretación que Denyer hace de los griegos está demasiado sesgada por la lectura de los filósofos del lenguaje contemporáneos. Y, en efecto, es probable que así sea. Pero eso es tanto una virtud como un defecto. Denyer evidencia conocer las doctrinas acerca del significado de Quine, Davidson, Dummett o Wittgenstein, y las aplica creativamente a los autores griegos mostrando perspectivas y facetas que, de otra manera, tal vez habrían sido desatendidas. En ese sentido, es indiscutible que por momentos resulta iluminador. Además, el libro está escrito con un lenguaje elegante y fino que hace deleitable su lectura.

Pablo Quintanilla
Pontificia Universidad Católica del Perú